

Las calamidades de un proyecto¹

Etnólogo Leopoldo Trejo
 SUBDIRECCIÓN DE ETNOGRAFÍA-INAH
 chiniluwa@yahoo.com



Restos Humanos. Basurero en Ecatepec, Estado de México, 2002. © Dulce García González.

La literatura antropológica sobre el grupo etnolingüístico totonaco tiene en Isabel Kelly uno de sus más importantes pilares. Pero más allá del famoso y colosal *The Tajin Totonac*, que publicara junto con Angel Palerm en 1952, y de su contribución al *Handbook* de 1969,² en este momento quiero llamar la atención sobre otro texto —injustamente no tan famoso pero que merece con creces el título de clásico— y sobre la colaboración de Kelly en la conformación del acervo de materiales etnográficos totonacos, que resguarda el Museo Nacional de Antropología.

Y llamo la atención sobre el trabajo etnográfico de Isabel Kelly, porque a través de ello me será posible mostrar, no sólo dos aspectos muy distintos de lo que puede ser la investigación etnográfica, sino también el enorme reto que significa llevar a las vitrinas de un museo las representaciones que, sobre su universo, teje una determinada cultura. El texto al que me refiero fue escrito en 1966 —aunque el trabajo de campo tuvo lugar en 1951 en San Marcos Eloxochitlán, Puebla— y se intitula *World View of a Highland-Totonac Pueblo*; es un artículo que en apenas 15 cuartillas, entre mitos, descripciones y diagramas, nos da una imagen rápida pero concreta del mundo visto por los totonacos de hace más de 50 años.

Es claro que la riqueza de dicho trabajo no recae solamente en la actualidad que sus datos puedan tener —pues mucho ha llovido en los 50 años que nos separan— sino en la coherencia con la que nos presenta una cosmovisión que hoy en día se muestra fragmentaria. No se trata entonces de determinar en el campo si lo expuesto por Kelly fue exacto o verdad, ni de confirmar núcleos duros de roer, cuestiones que desde mi punto de vista son ajenas al trabajo etnográfico.

Pero nuestra autora no sólo dio la primera imagen coherente del mundo cosmogónico totonaco,³ sino que también fue pieza clave para la primera representación museográfica del grupo, con motivo de la inauguración del Museo Nacional de Antropología, hace exactamente 40 años. Hoy en día la colección totonaca cuenta aproximadamente con 664 piezas, de las cuales 97 fueron adquiridas por Isabel Kelly durante 1964,⁴ es decir, casi una sexta parte.

Ahora bien, el problema que quiero plantear en este momento tiene que ver con la hipotética relación —teórica o metodológica— que debió existir entre la etnografía de Kelly sobre cosmovisión y el tipo de piezas que recolectó para el Museo de Antropología.

Me preocupa porque tengo que llevar a cabo un proyecto de exposición temporal sobre El Huracán, a partir de los materiales etnográficos totonacos de los que consta la Colección. En otras palabras, estoy en los zapatos del tan conocido *bricoleur*, que se ve obligado a producir coherencia a partir de restos y sobras de universos anteriores. No faltará quien, ofendido, me reproche que las colecciones no están compuestas de sobras, sino de piezas únicas y excepcionales; y saben qué, tendrá razón.

Pero a fin de cuentas, el hecho de que en la bodega existan piezas etnográficas únicas que merecen la categoría de «joyas», no invalida que sigan siendo restos de universos imposibles de sustraer, catalogar y almacenar. Además, sería hasta cierto punto falso creer que todas y cada una de las piezas etnográficas del acervo son únicas e insustituibles, pues cualquiera que haya tenido la oportunidad de visitar la bodega de etnografía del Museo

Nacional, tendría, en principio, que estar de acuerdo conmigo de que las sillas y comales de barro —que por cierto están a punto de desmoronarse— no tienen nada de totonacas y además son perfectamente sustituibles. Pero ése es mi universo y algo tiene que poder decir sobre el Huracán.

Definir qué o quién es Huracán es un objetivo a largo plazo, por lo pronto sólo puedo decir que es una deidad totonaca, regionalmente conocida como Trueno Viejo, asociada con las lluvias torrenciales y posiblemente con todas las formas del agua. Como Huracán su importancia no se reduce a su carácter destructivo y devastador, pues en realidad las lluvias del meteoro son fundamentales para los campesinos que siembran atrasado y exponer a sus milpas al calor canicular.

Ahora bien, para rastrear el mundo simbólico de este personaje mítico forzosamente tiene uno que remitirse a dos fuentes etnográficas, una es *La religión de los totonacos de la Sierra*, de Alain Ichon; y el otro, por supuesto, *World View of a Highland Totonac Pueblo* de donde he extraído el fragmento de mapa que a continuación aparece y que fue dibujado por Pedro Salvador, informante de Isabel Kelly. En dicho fragmento se aprecian algunos



Oficios. Palma y Donceles, Ciudad de México, 2002. © Dulce García González.



Restos Humanos. Basurero en Ecatepec, Estado de México, 2002. © Dulce García González.

aspectos fundamentales de la cosmovisión de los totonacos del sur de la Sierra de Puebla.

En el diagrama el oriente se ubica hacia la izquierda; en su extremo se puede observar al sol que inicia su diario camino una vez que emerge de las profundidades de la Tierra, debajo de él aparece la palabra *llatzána*, nombre local del Trueno Viejo; finalmente, un poco arriba del sol, encontramos la figura de una gran estrella con el nombre *matuncuguini*. La explicación de este pequeño fragmento del diagrama, según Kelly y su informante, la siguiente: «El Trueno Viejo ha bloqueado la salida —del Sol— con el mar, pero el Sol ha sido capaz de levantarse gracias a los esfuerzos de la estrella de la mañana, quien le limpia el camino» (1966: 403).⁵

En menos de dos líneas las relaciones simbólicas más elementales entre el Huracán, el Sol y Venus matutina han sido planteadas; así, podemos inferir que existe un marcado antagonismo entre el Trueno Viejo-Huracán, por un lado, y el Sol y Venus matutino por el otro. Esta misma relación antagonica le encontramos disfrazada en la relativa contradicción que existe entre la celebración de San Juan —santo asociado al Trueno Viejo— y el solsticio de verano, el 24 de junio. La supuesta contradicción radica en que, si estamos de acuerdo en que el Trueno Viejo es el Huracán no se entiende, porque su santo cae precisamente cuando el sol está en su máxima expresión. A grandes rasgos éste es el problema central de mi investigación, problema que cuestiona la supuesta cardinalidad del espacio según la concibiera Ichon.

Hasta este punto no existe ningún problema serio que pudiera impedir el desarrollo de mi proyecto, salvo la escasez de exégesis locales. Sin embargo, y volviendo a las sobras de que hablaba, cómo, o mejor dicho, con qué materiales podría dar cuenta de alguno de los aspectos de esta trama simbólica con fines de exposición museográfica. Si, como podría suponerse, existió una relación de codeterminación entre la etnografía de Kelly y su recolección de materiales, entonces tiene que haber una forma de hablar del Trueno Viejo-Huracán a partir de los 97 objetos que adquirió.⁶

Pero este mentado supuesto no pasa de ser un deseo personal, pues en realidad, de no ser por un traje de danza de los negritos y uno que otro textil, estoy seguro de que más

de 80% de los materiales recolectados por Kelly, que por cierto era arqueóloga, tenían el objetivo expreso de recrear contextos de vida cotidiana, como es la cocina y la casa en general, por lo tanto no fueron pensados para ilustrar los discursos que pudieran estar a ellos asociados. De esta manera, tenemos que Kelly adquirió cinco sillas, seis ollas sin decoración, tres comales y cinco tazas de porcelana hechas en la Ciudad México por la aún famosa tienda «Anforama», entre otras cucharas, petates, jícaras y demás utensilios.

Ante este panorama, incluso el *bricoleur* más avezado tendería a deprimirse, pues entre más se adentra uno en el universo de los materiales, la coherencia de los discursos simbólicos parece más lejana. He de reconocer que estas líneas son sobremano injustas, pues no se debe perder de vista que, como apunta García Valencia (2004, mecanoscrito), para la conformación de las colecciones y salas etnográficas entraron en juego supuestos ideológicos de carácter extraacadémico, como fue el nacionalismo y las políticas de integración de los pueblos indígenas, así como una concepción arqueológica de lo «originario» que se expresa claramente en los cervos.

Sin embargo, aunque existan mil justificaciones al respecto, el universo al que me enfrento sigue siendo el mismo y, por lo tanto, compuesto de restos y sobras de universos no coleccionables; por ello, será necesario que replantee mi noción de «pieza etnográfica», así como la de «contextos etnográficos»; pues ya no enfrento al problema de recrear un ambiente, sino de construir uno. Para dicha tarea pienso que tendré que hacer uso, además de los objetos de la colección, de otros medios como es la fotografía o incluso el audio, pues de otra forma corro el riesgo de que Trueno Viejo escape de las vitrinas del museo.

Notas:

¹ En diciembre del año pasado tuve la fortuna de ser elegido ganador de una plaza de investigación en el Museo Nacional de Antropología. Para el concurso de oposición formulé un proyecto que intenta fusionar, por un lado, el estudio del simbolismo meteorológico de los totonacos —en especial el referente al Huracán— y por el otro, una investigación museográfica que me permitiera,

al final de seis meses, proponer un guión científico para una exposición temporal sobre dicho meteoro a partir de los materiales etnográficos que resguarda el Museo. Las líneas que siguen intentan dar una vaga idea de algunos de los problemas a los que me he enfrentado en mi búsqueda de definitividad.

² Este trabajo lo realizó conjuntamente con H.R. Harvey.

³ Es necesario remarcar el hecho de que Alain Ichon, el otro gran etnógrafo del mundo totonaco, publicó sus resultados de investigación hasta 1968, dos años después de *World View of Highland-Totonac Pueblo*.

⁴ Once de estas piezas las compré junto con Enrique Ortiz.

⁵ Traducción libre.

⁶ Obviamente, mi proyecto de investigación con los materiales no se reduce únicamente a aquellos que fueron adquiridos por Kelly, sino a toda la Colección totonaca que, como ya he mencionado, asciende a 664 piezas aproximadamente.

Bibliografía:

- García Valencia, Hugo
2004 «La sala del Golfo», mecanoscrito.
Harvey, H e Isabel Kelly
1969 «The Totonac», en Wauchope y Vogt (editores), *Handbook of Middle American Indians*, Ethnology, vol. 2, University of Texas Press, Austin.
Ichon, Alain,
1990 *La religión de los totonacas de la Sierra*, Instituto Nacional Indigenista-CONACULTA, México.
Kelly, Isabel y Angel Palerm
1952 *The Tajin Totonac*, Smithsonian Institution-Institute of Social Anthropology Publication, número 13, Washington.
Kelly, Isabel
1966 «World View of a Highland-Totonac Pueblo», en *Summa Anthropologica. Homenaje a Roberto J. Weitlaner*, INAH, México.



Restos Humanos. Basurero en Ecatepec, Estado de México, 2002. © Dulce García González.